Al margen

CUANDO en 1975 galardonamos con el Ciudad de Barcelona la monumental y redonda *Escuela de Mandarines* (Los libros de la Frontera) costaba admitir que semejante y redonda «summa», verdadera Comedia Humana, y no sólo de la España de entonces, fuese obra de un no mejor conocido Miguel Espinosa, ingenio murciano. En parte por no relacionarla con el originalísimo y anticipador *Las grandes etapas de la historia americana,* que con prólogo del profesor Tierno Galván dispensaron las ediciones de Revista de Occidente (1957), donde destacaban ya el talante filosófico, la furia de lenguaje y la vena paródica que llegarían a colmo en aquella novela y en la sucesiva *La Tríbada falsaria.*

La improvisa muerte de Espinosa, el pasado abril, ha propiciado que la Región Murciana reeditara dicho ensayo y que, en su lanzamiento, organizase un simposio de crítica y literatura hispánicas en que hemos disertado una docena de profesionales de toda España, los murcianos Baquero Goyanes, Díez de Revenga, Alfredo Montoya y Antonio Segado del Olmo incluidos.

A mí me tocó discurrir en torno a la capacidad fabuladora, las innovaciones técnicas, la compleja taracea de la escéptica antiutopía espinosiana que aferrándose al «fait divers» localista y cotidiano se proyecta a lo universal, en méritos de un lenguaje convertido en insustituible vector y fin, y entreteniéndome de paso en la legión de personajes alegóricos que bullen en sus obras. Sin sospechar, pobre de mí, que cabalmente tales personajes —pero de carne y hueso, y viviendo sus papeles— era mis oyentes, según vine a saber acto seguido. Sin sospecha de habérmelas, no con la pirandelliana rebelión de los personajes, sino muy a riesgo de la venganza inexorable de tantas erinias, del eterno femenino sufrido y cantado por Espinosa. Pero la impar cortesía murciana, valga la verdad, salvó al ignaro. **M.**

Plinio Apuleyo Mendoza
«Gabriel García Márquez. El olor de la guayaba».
Editorial Bruguera
Barcelona 1982

En «El olor de la guayaba», Gabriel García Márquez se confiesa aunque veladamente permitiéndonos descubrir algunas claves personales del gran novelista hispanoamericano.

Gabriel García Márquez se confiesa

Apunto de ver la luz el segundo volumen de la recopilación de los artículos periodísticos de Gabriel García Márquez, Plinio Apuleyo Mendoza en *El olor de la guayaba* nos ofrece una extensa entrevista con uno de los más significativos mitos literarios de nuestro tiempo. Plinio Apuleyo Mendoza (nacido en Tunja, Colombia, en 1932) ha dirigido diversas revistas latinoamericanas, como *Elite* y *Momento,* significativas en el panorama del periodismo literario americano y *Libre,* que, en París, sirvió de portavoz a la «nueva novela». Su relación con García Márquez viene de antiguo: algunas experiencias compartidas en el ámbito del periodismo y, especialmente, la participación en la agencia cubana Prensa Latina. Excelente periodista (autor de la novela *Años de fuga,* que alcanzó el premio Plaza - Janés de novela colombiana en 1979), Plinio Apuleyo Mendoza sabe colocarse en el segundo plano a lo largo de la extensa entrevista con García Márquez, dividida en catorce secciones. Cada una de ellas viene introducida por unas consideraciones de carácter biográfico —y en ocasiones autobiográficas (los momentos compartidos con el escritor)— que pueden ser de gran utilidad a los biógrafos del autor de *Cien años de soledad.*

No es ésta la primera vez que García Márquez utiliza la forma de la entrevista para desvelar sus concepciones sobre la literatura, la vida y sus actividades. En 1972, Miguel Fernández Braso publicó *La soledad de Gabriel García Márquez* utilizando el mismo recurso. Diez años más tarde, sin embargo, el paralelismo entre ambas conversaciones nos mostraría algunos datos de interés. El narrador mantiene muchos de los puntos de vista que ha repetido innumerables veces en otras entrevistas o artículos periodísticos. Pero ahora la solidez de sus convicciones aparecen teñidas por el aura de la «celebridad». Según nos confiesa, ya no escribe cartas desde que se enteró de que alguien había vendido las que le escribiera años atrás a una Universidad norteamericana. Se limita a llamar por teléfono a sus amigos o a viajar para poder hablar con ellos. Se siente, en cierto modo, distanciado del éxito alcanzado por *Cien años de soledad* y por su apabullante público: «Me parece muy peligroso descubrir por qué razones un libro que yo escribí pensando sólo en un grupo de amigos se vende en todas partes como salchichas calientes» (p. 113), confiesa.

Para los lectores de García Márquez, *El olor de la guayaba* les permitirá descubrir algunas claves personales que no justifican, por sí, la obra, aunque iluminan la intencionalidad de su autor. A través de una confesión que nunca llega a ser íntima manifiesta su preferencia por *El otoño del patriarca,* calificada como «un poema sobre la soledad del poder» (p. 122). La obra de García Márquez alcanza en numerosos pasajes la belleza del poema, la intensidad lírica. Pero su reflexión sobre la estructura de *El otoño del patriarca* muestra a las claras su preocupación estructural, bien patente ya en *Cien años de soledad,* que en *Crónica de una muerte anunciada* se convierte en un artilugio de precisión.

SE señala a menudo que un autor es mal crítico de su obra. Pero las observaciones de García Márquez sobre la «realidad objetiva» de sus textos son sugerentes. No siempre estaremos de acuerdo con ellas. Las «influencias» literarias recibidas son asumidas y no siempre confesadas. En cambio, ofrecen mayor interés las precisiones sobre personajes reales y su transformación en seres literarios, especialmente valiosas cuando aluden a recuerdos familiares. En gran medida la obra literaria procede de elementos vividos o de narraciones sentidas como propias y asimiladas. Las claves no siempre son reconocibles, ni siquiera tienen por qué serlo, pero una buena parte de la imaginación de García Márquez deriva de hechos reales exagerados por el autor de forma deliberada. A lo largo del diálogo el lector descubrirá algunas significativas fuentes. Sin embargo, nos sentiremos más atraídos por el personaje que por sus explicaciones literarias. Apuleyo Mendoza penetra en la intimidad de la creación y en la vida familiar del escritor. Sabemos ahora cómo escribe, cómo llegó a escribir. Utiliza una máquina de escribir eléctrica. Corrige en los últimos tiempos línea a línea sus párrafos. Escribe por las mañanas, antes lo hacía por la noche. Sabremos de sus residencias, sus casas en México, en París o en Bogotá. Su instinto y sus «manías», las flores amarillas, en especial, rosas. También su intimidad familiar —traducida en «orden»— nos es revelada, aunque de forma harto discreta.

Para muchos lectores sus actitudes frente a la política pueden ser un descubrimiento. Durante los últimos años, García Márquez ha intervenido como «diplomático secreto» en asuntos internacionales. Es amigo personal de Fidel Castro. Lo fue del general Torrijos, a quien acompañó durante las dramáticas negociaciones en torno al Canal de Panamá. De todo ello da cuenta en sus confesiones, que, en parte, vienen a sustituir lo que denominaríamos una «autobiografía objetiva». Porque también a lo largo del libro sabemos que hay una enorme prudencia en sus apreciaciones. Nos damos cuenta de que el narrador siente no sin cierta amargura la «soledad de la fama». Parece resultarle difícil distinguir ya a quienes se acercan a él con ánimo de observar al «mito» de aquellos otros que constituyen el escaso número de sus amigos personales. *El olor de la guayaba* es, también, la añoranza del trópico; un clima que García Márquez recrea en sus residencias. Dicha añoranza viene mezclada con una peculiar concepción de la literatura sobre la que se manifiesta con mucha precaución. No teoriza apenas, sino que intuye. Su capacidad para recrear el lenguaje le lleva a consideraciones tan oportunas como la desconfianza manifiesta sobre la viabilidad de un diálogo en la novela en castellano. Su concepción de la literatura es de una seriedad casi dramática: «¿Cuántos años esperaste para escribir la *Crónica de una muerte anunciada?*» «Treinta años.» Nada puede parecerse menos a la improvisación. *El olor de la guayaba* es una guía útil para comprender al hombre y al escritor. El mito se confiesa... aunque sin desvelarse por completo. Aparecen aquí significativos silencios. Y un gran pudor que, como lectores, también agradecemos.

Joaquín MARCO
Ilustración: GUILLEN

Las claves del hombre y del escritor

El escritor colombiano Plinio Apuleyo Mendoza en Gabriel García Márquez. «El olor de la guayaba» transcribe una extensa conversación con el autor de «Cien años de soledad». El propio novelista nos confiesa sus lecturas, su biografía, su entorno familiar —de tanta influencia sobre su obra—, su ideología política, su concepción del éxito, su apreciación de las mujeres (seres decisivos en su existencia)... Nos hallamos ante una confesión velada por la aureola del éxito. Pero este libro puede serle útil al lector para descubrir la verdadera faz del mito literario y algunas de las más significativas claves de su obra.

Letras sobre las Letras

No todo son Falkland

General, además de poeta y crítico literario, el doctor Narenderpal Singh, Nandi para los amigos, lamenta que el hindi, idioma oficial de un sexto de la humanidad, entre los escritores y críticos occidentales sea menos conocido —en punto también a literatura—, menos que el danés, el búlgaro o el polaco. Los propios críticos literarios indios que, escritores en inglés, tan perfectos conocedores se muestran, no sólo de los clásicos europeos sino también de Sartre, Weiss y aun la poetisa usbeca Zulfia, nada saben de los valores literarios en punjabí, guyarati y otras veinte lenguas de la India que no habla hindi. Peor aún: mientras las naciones pobres eran pupilas de Inglaterra y demás, las clases dominantes se esforzaban en comprender el pasado y presente, el arte y literatura de los pueblos de sus dominios. «Mientras fuimos colonias —observa nuestro general y poeta— no pocos escritores y poetas de nota viajaban por nuestros países y en éstos se inspiraban, con simpatía y comprensión. Toda una pléyade de autores europeos escribieron sobre la India. Por desgracia, y para mal de todos, este vínculo se ha roto.»

¿El infierno es el Otro?

«Con la emasculación de una metáfora / y la genitación de los bolígrafos / se adentró penemente en la poesía / y sintió el azimut: // no muere nada // nada pervive nada se renace / una hecatombe de dolor flamígero / empuñando los nexos de un diluvio / de semen transgresor sólo una búsqueda / desorientada en el hallazgo inútil / la decapitación de la palabra / la homosexualidad de la sintaxis / gladiolos para el verso crisantemos / para el poema que no sé escribir / la fosilización de lo ya escrito / y la trepanación de los sistemas / gladiolos para oniria crisantemos / como vedijas dulces en la noche / desubicados cierzos flores rosas / trizadas masturbadas espermadas / erotizadas y desjarretadas / por los corceles de la inspiración / sollozante buscante eutanasiante / a través de zahúrdas y diásporas / clitóricas orgásmicas periplos / a través de cadáveres sin féretros deshacinados y dessepulcrados...» Etcétera. Así comienza la «Iconografía del Infierno» de cierto poeta Antonio Gracia, que en unión de sus colegas Eleuterio Gandía, Gabriel L. Mingot, José Luis Rico, Alberto Mercader, Valentín Ferrero y José Poveda ocupa el número 0 de la revista alicantina «Algaria. Apuntes literarios». Número que Pedro Oliver ilustra, muy adecuadamente, con dibujos que vienen a ser como una trasposición del aparato digestivo, y análogos, en clave surrealista.

La revista viene con el sello editorial de Algar (Trav. Pérez Cascales, 7, 3.º, 2.ª, Alicante).

Joyceana

Si la bibliografía en torno al gran irlandés ha sido siempre nutrida, a mayor abundamiento la incrementan las prensas en este año que se cumplen los ciento de James Joyce. En el aspecto que diríamos topográfico son novedad *The Joycean Way* (Wolfhound Press), en que Bruce Bidwall y Linda Heffer reconstruyen —con profusión de mapas y fotografías— los lugares dublineses del *Portrait* y de *Dubliners,* al paso que el *James Joyce's Odyssey* de Frank Delaney (Hodder and Stroughton) es un acabado estudio del ambiente eduardiano reinante en el Dublín de *Ulysses,* incluyendo estupendas imágenes de la supuesta residencia de Leopold Bloom, en el 7 de Eccles Street. Como todo es posible en Granada, perdón, en Irlanda, no extrañe que Peter Costello se descuelgue con un *Leopold Bloom: A Biography* (Gill & Macmillan), imaginando la vida del personaje joyceano al margen del *Ulysses.* Añade, de Jackson I. Cope, un *Joyce's Cities* (John Hopkins University Press) que no se limita a callejear por Dublín, pues alude a otras ciudades reales e imaginarias del eterno transterrado. A igual o análogo título recordaríamos el reciente *Viaggiatori a Trieste* (Mursia) donde Nicolas Powell, hoy director del British Council en Amsterdam, no sólo recuerda la época en que Joyce fue triestino (como milanés quiso llamarse Stendhal), sino el paso de tantos grandes, desde Winckelman, allá asesinado en 1768, a Freud, Rilke, los Burton, el pintor Schiele, el teatrante Hermann Bahr, etcétera.

Más libros: *James Joyce's Metamorphoses* (Gill and Macmillan) del profesor John Gordon, más atento al interés por el tarot y al sistema nervioso del escritor que a sus códigos literarios. Pon *A Star-Chamber Quiry* (Methuen) de E.L. Epstein, con un prólogo de Clive Hart que invita a una cierta «lectura» del *Finnegans Wake.* También el paralelo —*Byron and Joyce through Homer* (Macmillan) que Hermione de Almeida establece entre *Don Juan* y *Ulysses.*

Joyceana 2

Un sugestivo *Joyce and Dante* (Princeton University Press) de Mary S. Reynolds, otra vez con Bloom a vueltas. Y la reedición del *My Brother's Keeper* (Faber), el bienhumorado libro de recuerdos debido a Stanislaus, el hermano y compañero de Joyce. El auténtico «Here comes everybody», como el irlandés gusta convertir el Humphrey Chimpden Earwicker (Sir Perase O'Reille, H.C.E., etcétera) de su *Finnegans Wake.*